

LA ROSA BLANCA Y LA ROSA NEGRA

1º

Había una reina y un rey que vivían en su hermoso castillo. Pero estaban tristes: no tenían hijos. El rey tenía que ausentarse a menudo para luchar con los enemigos. Una vez, cuando la reina estaba sola y triste, recorría el jardín del palacio. Se le acercó una anciana desconocida para ella.

-*"¿Qué os pasa?"*, preguntó a la reina.

-*"No podéis ayudarme"*, contestó la reina.

-*"¿Quién sabe?"*, dijo la anciana.

Finalmente, la reina le confió la causa de su tristeza.

-*"Debes tomar un tazón y colocarlo al amanecer en el rincón norte del jardín, boqui-abajo. A la salida del sol, encontrarás debajo del tazón dos rosas: una blanca, otra roja. Debes comerte una de ellas. Si comes la blanca, tendrás una niña; si comes la roja, tendrás un varón. Pero ten cuidado de no comer las dos"*.

La reina hizo todo como le habían indicado, pero cuando estuvo frente a la elección, le era muy difícil decidirse. De modo que comió primero la rosa blanca, pensando que los varones debían ir a luchar con los enemigos. Pero cuando hubo comido la rosa blanca, no pudo resistir la tentación y se comió también la rosa roja.

Pasaron los meses. El rey tuvo que ausentarse nuevamente por un combate, justo cuando la reina iba a dar a luz. Ella estaba sola, y lo que nació no fue un niño, sino un dragón que, retorciéndose, se ocultó en la paja del lecho para desaparecer luego. Después, nació un niño. La reina guardó el secreto.

El niño fue creciendo, y cuando llegó a la edad, pidió a sus padres que le dieran una esposa. Prepararon una hermosa carroza, donde partió el joven, acompañado por sus caballeros, para pedir la mano de una princesa. Pero cuando llegaron a la encrucijada del camino, estaba sentado allí el dragón, que dijo:

-*"Primero tendrán que buscarme una esposa a mí"*.

Regresaron al castillo los caballeros, y la reina tuvo que contar al rey lo acontecido. El rey pidió la mano de una princesa para el dragón. Se realizó la boda, pero a la mañana siguiente, en el recinto nupcial, sólo se encontraron rastros de sangre. Después de un tiempo, el rey pidió la mano de otra princesa. Se realizó la boda, pero nuevamente, por la mañana que seguía a la boda, sólo hubo rastro de sangre. Y una tercera vez ocurrió exactamente lo mismo.

Ya no se encontró a ninguna princesa que quisiera casarse con el dragón.

Entonces el rey llamó al pastor de sus ovejas, que tenía una sola hija: una doncella noble y pura, y le dijo que debía casarse con el dragón. La joven estaba triste y desconsolada. En el parque del castillo se encontró con una anciana, que le dio el consejo de que pidiera doce camisones de boda y se los vistiera todos, doce veces. Además, dos palanganas: una con lejía y la otra con leche y miel.

Después de realizarse la boda y verse en el lecho nupcial, el dragón le diría que se quitase el camisón; ella le diría que él debía sacarse su piel. Mojaría la primera palangana en la lejía y tanto le rogaría hasta que lo consiguiera. Así sucesivamente, hasta que se cumplieran las doce veces.

Al final, no quedaría del dragón más que un pedacito de carne sangrienta.

La doncella tomaría con sus manos, lo bañaría en la fuente con leche y miel, y lo abrigaría en su seno.

La doncella lo hizo todo de esa manera y pudo cumplir con todo lo que le encomendó la anciana.

Por la angustia, los reyes miraron por una rendija a la cámara nupcial, esperando ver, como siempre, los restos de sangre. Pero vieron a la joven junto a un hermoso príncipe.

Aportación de Ernesto Miralles R.